

Jorge Icaza

HUASIPUNGO

edición crítica
Raúl Neira

☞ - STOCKCERO - ☞

© Jorge Icaza - 1934
Foreword, bibliography & notes © Raúl Neira
of this edition © Stockcero 2009
1st. Stockcero edition: 2009

ISBN: 978-1-934768-26-6

Library of Congress Control Number: 2009938489

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

INDICE

INTRODUCCIÓN	VII
1. Jorge Icaza (1906-1978).....	vii
2. Rasgos autobiográficos.....	viii
<i>A. Recuerdos de niñez:</i>	
<i>B. Comienzos de juventud:</i>	
<i>C. La familia:</i>	
<i>D. Educación:</i>	
<i>E. Ocupaciones / Trabajos:</i>	
<i>F. El teatro:</i>	
<i>G. Ideología política:</i>	
<i>H. Viajes:</i>	
<i>I. La creación literaria: Interés y desarrollo:</i>	
<i>J. La narrativa:</i>	
<i>K. Huasipungo:</i>	
<i>L. Las ediciones corregidas de Huasipungo:</i>	
3. Composición del mundo narrativo de Huasipungo:.....	xxi
Bibliografía	xlix
HUASIPUNGO.....	I
Vocabulario	169

ENTRE LA ESPERANZA Y LA FUERZA LITERARIA EN LA ESCRITURA DE *Huasipungo* DE JORGE ICAZA

RAÚL NEIRA
Buffalo State College

I. JORGE ICAZA (1906-1978).

Este intelectual ecuatoriano fue desde oficinista, oficial mayor de la Tesorería de la Provincia de Pichincha, actor, director y escritor teatral, profesor, librero, hasta ocupar puestos diplomáticos: Designado adjunto cultural de la embajada ecuatoriana en Argentina (1948); Embajador ecuatoriano ante la Unión Soviética, Polonia y la República Democrática Alemana (1977).

También organizó el Sindicato de Escritores y Artistas del Ecuador y fue designado su secretario general (1938). Fue Miembro fundador y titular de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (1944); organizó y dirigió la compañía de teatro «Marina Moncayo» (1946); estrenó entre otros, el ballet en un acto «El amaño» (1947). Fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional de Quito (desde 1963).

A los 22 años, estrenó su primera comedia: *El intruso* (1928), que fue una de las seis piezas teatrales que compuso; en 1933, publicó un libro de cuentos: *Barro de la Sierra*. Después escribió las siguientes obras: *Huasipungo* (1934) cuando tenía 28 años de edad; *En las calles* (1935), *Cholos* (1938), *Media vida deslumbrados* (1942), *Huairapamushcas* (1948), *Seis relatos* (1952), *El Chulla Romero y Flores* (1958), *Viejos cuentos* (1960) y *Atrapados, trilogía novelesca* (1972).

El siguiente bosquejo autobiográfico lo forman las palabras que dejó plasmadas el propio Jorge Icaza sobre su existencia en cartas es-

crítas por él mismo (Dulsey, 1970) y en una entrevista donde habla de su vida, de sus experiencias (Ojeda, 1991).

2. RASGOS AUTOBIOGRÁFICOS.

A. RECUERDOS DE NIÑEZ:

Yo nací el 10 de junio de 1906. Hay otros que dicen que fue en 1908 y no protesto porque es una ventaja que le quiten dos años. Tengo el recuerdo más grato y tierno de mi familia. Mi padre fue José Antonio Icaza Manso y mi madre Carmen Amelia Coronel Pareja. Quedé huérfano de padre a la edad de seis años. Mi madre se volvió a casar con el señor Alejandro Peñaherrera Oña. Pasé mi infancia durante tres años en la hacienda de un tío mío situada en la provincia de Chimborazo. Este tío, don Enrique Coronel, que era hermano de mi madre, siempre ha salido en mis novelas. En esas haciendas vi la tragedia del indio. Uno de los recuerdos de infancia más gratos que tengo es el de mi abuela doña Cristina Pareja Arteta. Con esa señora me críe hasta los seis años porque un hermano que tuve murió cuando tenía un año y mi madre se enfermó durante esos años. He sido criado por mujeres: una tía mía, Mercedes Coronel, hermana de mi madre, nunca tuvo hijos y yo pasaba en la casa de ella. Y después, mi madre. Y “para ayuda de costas”, tuve una hermana. Muere entonces mi padre y mi madre se vuelve a casar como queda dicho. En ese punto la cuestión política influye decisivamente en mi vida de niño: con la caída de los Alfáros (1911) viene el nuevo liberalismo placista. Mi padre que era alfarista tuvo que refugiarse en esas haciendas (Ojeda, 107).

Cuando niño, es decir, de los 6 a los 7 años pasé una temporada en la hacienda de un tío mío. En esa temporada pude convivir con los indios en la forma que un niño de esa edad puede observar y ver a las gentes del mundo donde ha caído. En esa temporada mi labor fue de observación (...), la forma de comunicarme en conversaciones no tenía mayor interés (Dulsey, 233).

B. COMIENZOS DE JUVENTUD:

Mi familia había sido gente de proporciones pero mi madre se había quedado pobre. Teníamos aquello que dicen “lo comido por lo servido” o se vive al día. Muriéndose los productores, los que sostenían la casa, yo me quedé “en la vía”, como también mi hermana Victoria se quedó “en la vía”. Nos habían legado un pequeño pedazo de tierra, con una casita, allá en la parroquia Alfaro. Como sabía que era mujer y que necesitaba mientras yo me sentía hombre para trabajar, le cedí toda la herencia. A los veintiún años salí de esa casita donde había vivido varios años, decidido a trabajar. Con lo poco que tenía de ropa, vendiendo, empeñando, me instalé en el hotel Ecuador donde pagué la pensión de dos meses, por adelantado. Cobraban un sucre por día. Durante esos dos meses me puse a buscar empleo (Ojeda, 111).

C. LA FAMILIA:

Mi madre era muy aficionada al teatro. Todos los miembros de mi familia han sido muy aficionados al teatro, no como actores sino como espectadores, como público. Siempre cuando venía a Quito algún espectáculo tomaban abono y era gente que no faltaba, que no dejaba de asistir a un espectáculo (...) Mi familia había sido gente de proporciones pero mi madre se había quedado pobre (Ojeda, 110-111).

Esposa: Marina Moncayo. Hijas: Cristina Icaza y Fenía Icaza. (...) La fecha de mi matrimonio es: 16 de julio de 1936 (Dulsey, 233).

D. EDUCACIÓN:

Me impuse ante mi familia para dejar el colegio «San Gabriel», porque me sentía estrecho y atrapado por una serie de convencionalismos que los profesores mantenían entre preferencias y adultos para los muchachos de familias adineradas; en el caso del Ecuador, latifundistas. Además, en ese entonces, los exámenes finales se daban en el Colegio «Mejía», en el cual, la enseñanza laica difería

de los programas de la enseñanza jesuita, con el consiguiente des-concierto de los alumnos (Dulsey, 233).

Escuela católica. Colegio secundario, dos años en Colegio de Jesuitas y cuatro años colegio laico Nacional «Mejía». Educación Superior, Universidad Central; dos años Facultad de medicina. Estudios truncos por calamidad doméstica. (...) Dejé mis estudios para siempre a fines del año de 1926. Mi carrera universitaria la inicié en el año de 1924, a los pocos meses de dar mi grado de bachiller en el Colegio Nacional «Mejía» (Dulsey, 233).

Al regreso de las haciendas me matricularon en una institución religiosa. Las señoritas Toledo tenían la escuela San Luis Gonzaga donde, se afirmaba entonces, se educaban las mejores gentes. En el Ecuador se llaman las mejores gentes a las que más dinero tienen. Empecé la escuela un poco grandecito por haber perdido tres años, [los transcurridos en las haciendas de Riobamba]. Tan grande era que en la escuela me convertí en el niño prodigio y era el primer alumno. Por ello me hicieron saltar dos grados. Esos dos años me perjudicaron porque cuando llegué al colegio me faltaba un poco de base y me sentía desorientado y no fui tan buen alumno como en la escuela. En los primeros años de colegio yo falté bastante: fui el más aprovechado pero empezando por la cola. Así pasé cuatro años en vez de seis donde las Toledo y los dos primeros años de colegio en el San Gabriel que era regido por los jesuitas. Pero como me fue tan mal en esta institución me empecé a despechar y le dije a mi madre que o me ponían en el Mejía [instituto secular de segunda enseñanza] o yo me huía de la casa. Ante esa amenaza y por la idea de que la educación en el Mejía respondería mejor a mi espíritu e intereses me matricularon en el Mejía. Allí me tranquilicé un poco, tomé el ritmo de los estudios y terminé el colegio en el equipo de los mejores. Recibí el grado de bachiller en 1924.

En el Mejía había entonces profesores liberales y profesores conservadores. Tenía entonces un equipo de profesores de lo mejor, de lo mejor. Compañeros de mi generación fueron Humberto Salvador, Emilio Gangotena, Luis Coloma. Mientras estuve en la escuela primaria y en el colegio [escuela secundaria] nunca se me ocurrió ser literato porque la materia que se dictaba en la escuela, los rudimentos y en el colegio la enseñaban en la forma más horrenda que se podía imaginar. Le hacían a la preceptiva literaria una cosa de memoria, sin ninguna trascendencia vital. (Y) Claro, entonces vi yo que la literatura no tenía ningún objeto en la vida. No

sentía ninguna inclinación literaria. La literatura era para mí algo extraño porque no tenía ninguna conexión con la vida. Eso tal vez me sirvió para hacer ver después a mi gente que la literatura debe ser una cosa útil para la vida. Debe tener alguna relación con el hombre y con la sociedad. Usted comprende que meterle a un muchacho de memoria los tropos, todo un libraco de preceptiva literaria y luego hacerle aprender de memoria canciones y poemas sin ninguna relación a nuestra realidad era pesado y yo, a pesar de pertenecer al grupo de los buenos alumnos, en literatura era un estudiante mediano y menos que mediano. Más bien, cosa curiosa, me gustaban las ciencias; la literatura, nada. Esa fue mi experiencia durante los años de educación secundaria (Ojeda, 108-109).

En ese entonces el Mejía funcionaba en el antiguo Beaterio. Habría entonces unos 300 estudiantes. Ya se decía que eran muchísimos. Realmente, la vida en el Mejía despertó en nosotros una serie de cosas, menos la afición literaria. Despertó en mí, por ejemplo, esto de dudar de todo lo que existe, el concepto del hombre. En una palabra, me encarriló hacia un humanismo y me encarriló en una forma única. Yo ya no estudiaba para sacar una buena nota u obtener el cartón del título de bachiller sino por saber. Este afán de aprender hizo que cuando tuve que dejar los estudios universitarios yo estudiara por mi cuenta y fuera un devorador de libros.

Terminada mi educación secundaria decidí estudiar medicina porque pensé que era más práctico y por esa afición a las ciencias naturales que manifesté en el Mejía. Aprobé el primer año que entonces era el más difícil. El segundo año ya no lo pude terminar porque en 1927 mi madre muere de cáncer y mi padrastro muere de tuberculosis (Ojeda, 111).

E. OCUPACIONES / TRABAJOS:

Conseguí primero un puesto en la Policía Nacional gracias a un amigo que estaba de Intendente quien me dio un cargo asimilado al de policía para que prestara mis servicios como amanuense. Después de un año, por obra de algunos amigos de la casa que sabían de mi vida, conseguí un empleo en la Pagaduría Provincial de Pichincha. Entonces aprendí a trabajar como oficinista. Lo que aprendí en el Mejía no me sirvió de nada. Lo que tenía que hacer era sumar columnas y columnas de cifras, escribir a mano, etc., como se hacía el trabajo de oficina en esa época (Ojeda, 111-112).

Actor de Teatro, Director de Teatro, Empleado público, Comerciante, Librero, Editor, etc. etc. (233). Hace más de dos años que la Casa de la Cultura Ecuatoriana me nombró Director de la Biblioteca Nacional. La Casa de la Cultura necesitaba una persona conocedora de libros para realizar el inventario de la Biblioteca Nacional y creyó que Jorge Icaza era la persona indicada para el efecto (234). En cuanto a mi trabajo como actor, sigue la misma trayectoria de mi esposa, sin el éxito, desde luego, que ella alcanzó, en su época. Academia de Teatro en el Conservatorio Nacional bajo la dirección del profesor español Abelardo Reborado. Ingreso a la Cia. Dramática Nacional al año y medio de fundada. Rol de galán joven durante los primeros años, rol de primer actor y director durante los últimos años (Dulsey, 238-239).

F. EL TEATRO:

Mi afición al teatro nació en mi infancia; nació como una afición de familia, como un «hobby» familiar. (...) una noche me encontré asistiendo en esos días a un curso de declamación que se abrió en el Conservatorio Nacional de Música bajo la dirección del profesor Abelardo Reborado. Era un viejo cómico español de alguna compañía de teatro que se había quedado aquí varado. Le dije que me interesaba el teatro. Me dijo: Usted viene mañana pero tiene que matricularse. Me matriculé, me gustó e hice el primer curso de declamación. Durante este mi primer curso, los otros que habían tenido un poco más de escuela se separaron de este profesor y formaron un grupo teatral que se llamó Compañía Dramática Nacional con la que con el tiempo iba a ser mi mujer [Marina Moncayo], con Jorge Araujo, con Marco Barahona. Forman ese grupo pero yo le soy fiel al viejo y me quedo con él. Cuando vi el éxito que tenía este grupo y que ganaban dinero me puse a pensar. (...) me invitaron a incorporarme. Y yo que ya había visto el éxito que tenían, entré a la Compañía Dramática Nacional como galán joven. Poco a poco fui tomando el gusto y no sólo el gusto sino la fortuna de trabajar. Después soy primer actor y luego director de la Compañía. Entonces en 1928 nace el fervor de hacer teatro y nace en mí la afición literaria. Al ver que se producía teatro en el Ecuador pero que los autores nacionales escribían obras bastante deficientes, yo que ya conocía el teje y maneje de la escena (hay que saber eso

para hacer una cosa pasable, que no aburra) me dije: ¡hombre! yo puedo hacer esto y ahí empecé a escribir. Empecé a escribir en 1929. (...) a finales del año 29 presento «El intruso». (...) lo estrenamos un 18 de septiembre. (...) a finales de 1930 escribí una comedia que se llamó «La comedia sin nombre». (...) En el año 1931 escribí una pequeña pieza que se llamó «Por el viejo». (...) Luego viene «Cuál es» en 1931. (...) escribo una pieza que se titula «Como ellos quieren». Es una pequeña obra, también de tipo psicoanalítico. (...) En el año 1932 escribo «Sin sentido». Es una pieza de tipo filosófico, con muñecos. (...) Estas dos últimas piezas [«Como ellos quieren» y «Sin sentido»] no se pudieron representar en el teatro porque (...) salieron diciendo que yo era un criminal que debía ir a la cárcel. (...) Para terminar con el teatro, después de escribir «Barro de la Sierra» y «Huasipungo», escribí una obra que se llama «Flagelo» (...) que ya trata del indio y del tema social. Esto es ya de 1933. (...) En el teatro tuve mis grandes amores. Fue en el teatro donde se me despertó mi pasión amorosa. Yo fui enamorado de dos o tres actrices, de manera que siempre he estado metido en eso. Mi vida sentimental giró alrededor del teatro. (...) Años después actué como director cuando la Casa de la Cultura le pidió a mi esposa que volviera a las tablas. Dirigimos así mismo una serie de piezas del teatro francés. Esto debe haber sido en 1946, poco más o menos. Organicé un grupo que se llamó «Amigos del Teatro» a base de un dinero que conseguí haciendo empresa con compañías extranjeras que vinieron a Quito y reuniendo a todas las personas que gustaban del teatro. Estos «Amigos del Teatro» fundaron una academia de arte teatral y logramos dar con profesores y todo lo necesario dos años de cursos. Esto debió ser en el año 1954-1955. Yo di Historia del Teatro Universal que sigo dando (112-116). Sembrado ya el morbo literario por el teatro, ya no podía o quedar así trunco. Vi que las piezas teatrales que había publicado no mellaban como las piezas que habíamos representado porque usted comprende que el teatro, para ser completo, tiene que ser representado (el teatro leído es muy difícil que tenga circulación). Pero, cosa curiosa, yo no podía seguir haciendo folletos de teatro para guardarlos o regalarlos a los amigos (Ojeda, 117).

G. IDEOLOGÍA POLÍTICA:

En realidad, mi vida política o ideal político se halla expresado claramente en mis obras de ficción. Solo una vez he militado activa-

mente en un partido político hace pocos años; Concentración de Fuerzas Populares (CFP). (...) He sido algunas veces candidato a Senador de la República, pero, (...) nunca triunfé. Cosa de la cual me alegro. En síntesis, mi vida no se puede definir o conocer por mi acción política (Dulsey, 233-234).

H. VIAJES:

En el año 1940 fui invitado por el gobierno de México al Primer Congreso Indigenista Interamericano que se realizó en Patzcuaro. (...) En diciembre de 1940, visité San José de Costa Rica invitado por García Monge a dar unas conferencias en el Colegio de Abogados. (...) En el año de 1941, visité los Estados Unidos, invitado especialmente por dicho país al Semanario de Ciencia Política y Estudios sobre las relaciones Interamericanas. (...) visité Venezuela el año 1948. (...) Invitado especial del Presidente Prío Socarrás visité Cuba en octubre de 1948. (...) Invitado especial del Primer Gobernador de Puerto Rico Muñoz Marín visité Puerto Rico en ...1949. (...) Enviado por el Gobierno del Ecuador como Adjunto Cultural a la Embajada visité Argentina y Chile por dos años y medio. Invitado especial del Presidente Víctor Paz Estensoro visité Bolivia en abril de 1956. (...) Invitado al Tercer Festival del Libro Hispanoamericano visité el Perú en diciembre de 1957. (...) Invitado por Instituto de Relaciones Culturales de China, visité China en 1960. (...) Invitado por la Comisión de Amistad Cultural con América Latina, visité la Unión Soviética en 1961. (...) Invitado por el Ministerio de Cultura de Checoslovaquia, visité dicho país (...) en 1961. Invitado por Institut D'Etudes Hispaniques De L'Université de Paris, visité Francia en 1961. (...) Invitado por varias Instituciones Culturales de Italia, visité ese país en 1961. (...) Invitado a la Conferencia Latino-Americana sobre A Situação Dos Judeus Na União Soviética, visité el Brasil en 1963. (...) Por mi cuenta he visitado otros países: Uruguay, Panamá, Guatemala, Portugal, Suiza, etc. (Dulsey, 234-235).

I. LA CREACIÓN LITERARIA: INTERÉS Y DESARROLLO:

Para mi nació realmente la pasión literaria dentro del teatro (Ojeda, 110).

[L]a base emotiva y de conocimiento nace a los seis años con la ida a la hacienda de este tío mío; con el conocimiento de este tío mío; con lo que nos hizo sufrir este tío mío, sobre todo a mi madre. Y luego, al salir a Quito, la comparación, que yo hago con todo el elemento que gobierna a este país, elemento que está formado por latifundistas. Entonces, yo tengo que simbolizar, buscar el tipo, crear el carácter que cuadre con el latifundista, el de este país. Y nace lógicamente de mi tío. En él vi cómo era un latifundista y luego después, poco a poco, según pasaba la vida, vi cómo este latifundista no era único sino que eran muchos se multiplicaban conforme adquirirían la propiedad de la tierra y fui viendo el carácter y tipo de cada uno de éstos para poder crear en un momento dado el tipo de latifundista. Y lo mismo se puede decir del indio. Yo no escogí entre los indios a ese. Respecto al paisaje, por ejemplo, muchos me han dicho: y el paisaje, «¿Dónde es?» Es en Tambillo, es en Latacunga, es en la provincia del Chimborazo? ¡No!, ¡no! Para mi concepto es todo el paisaje de la sierra ecuatoriana y al decir de la sierra ecuatoriana digo de la sierra hispanoamericana, del altiplano hispanoamericano. Porque he ido a Bolivia, he ido al Perú, al sur de la Argentina, a Chile, al sur de Colombia, a México y he visto que el problema era más o menos igual y que el paisaje sobre todo tiene un carácter parecido (Ojeda, 123-124).

[E]l literato, si quiere ser literato con todas las letras mayúsculas, debe ser sincero. Sincero con él y con los suyos, con el medio en que vive. Sólo siendo sincero podrá crear emociones nuevas, emociones particulares pero que llegan a la conciencia universal porque son emociones humanas (Ojeda, 130).

J. LA NARRATIVA:

[H]abía escrito antes uno o dos cuentos en mi vida de universitario porque en la universidad Humberto Salvador y yo editamos una revista que se llamó CLARIDAD. Eso debe haber sido en 1924 o 25. En esa revista de la que no salieron sino cuatro números, yo pu-

bliqué dos cuentos. Uno, recuerdo, se llamaba «Por el honor y por la gloria» (un lindo título) y era la historia de una muchacha que bota (sic) a un niño y le deja abandonado. Una cosa romántica. El otro, no recuerdo sino que era de temas orientales. Algo sobre la tumba de Tutancamen que entonces estaba de moda y yo andaba loco con ese tema. Estos dos primeros cuentos no tuvieron ninguna trascendencia y me olvidé de ellos (118).

Yo no podía seguir haciendo folletos de teatro para guardarlos o regalarlos a los amigos. Dije un día: bueno, ¿por qué no hago un pequeño libro de cuentos? Yo había tenido ya en la mente algunos argumentos de cuentos. Así en 1933 publiqué «Barro de la sierra». Ese volumen tiene seis cuentos; los cuatro primeros son de tipo social. En ellos surge por primera vez el recuerdo de mis años de infancia, de la vida en la hacienda de mi tío y rememoro la vida del indio y compongo mis primeros cuentos con la vida del indio, tratando de plasmar su tragedia Y al final, dos cuentos que manifiestan ese fervor psicoanalítico que había influido en las piezas teatrales. «¿Cual es?» y «Sin sentido». Esos dos cuentos son netamente psicoanalíticos, tan psicoanalíticos que escribo en una forma muy curiosa; uno de los cuentos está escrito en dos partes; en la una había la conciencia y en la otra la subconciencia. Bueno, estos son juegos literarios que no conducen a nada, en mi criterio. Es la influencia freudiana. Compuse esos cuentos en 1933 (117). Los cuentos de tipo social de Barro de la sierra, oh sorpresa, impresionaron al público. Era la primera vez que había leído algo tan fuerte. Bueno, yo no puedo juzgarme, hacer un autoanálisis, sin embargo creo que esa reacción se debía a dos cosas. Primero, (...) yo tenía aversión a la cosa literaria y por tanto a los literatos. Me parecían gente fuera de la realidad, muy señoritos, muy fuera de todo concepto humano y lo mismo los profesores de literatura. Les tenía no diría odio pero sí desprecio y lógicamente tenía en poco el producto de esos señores. En cambio, como ya me había hecho devorador de libros, había leído y visto como escribían los autores de otras partes. Hablaban ellos de los problemas de su país, de los problemas del mundo y de la hora en que vivían. Pero estos escritores ecuatorianos estaban fuera de la realidad porque copiaban a los clásicos, copiaban al autor de moda y a los premios Nobel y hacían una literatura mariana, una literatura falsa. Por eso les tenía antipatía. Entonces, al hacer mi literatura, busqué ir contra eso. Yo no podía hacer lo que ellos habían hecho. Yo no podía hacer filigrana literaria. Yo no podía hacer flores literarias. Usar las figuras literarias a las que odiaba tanto porque

nunca pude aprendérmelas de memoria. Entonces, yo debía hacer cosas más directas, echar malas palabras, si era posible, y las eché. Yo les digo a los muchachos que ahora están acostumbrados a hacer estudios: el valor mío fue, en un medio conservador, tan lleno de restricciones, tan lleno de prejuicios —al menos hace treinta años en que publiqué mi libro— haber dicho la verdad y la verdad directa. Les digo a los muchachos: no se necesita valor sólo para matar o dejarse matar. Se necesita valor —y yo lo tuve— para decir la verdad. Y yo la dije. Tal vez ahora no la diría con tanta violencia. Al decir esa verdad yo no podía usar las mismas palabras que ellos, los literatos a quienes despreciaba. Yo tenía que buscar otras palabras y usé las del pueblo. Y en mi país parece que eso fue lo que me salvó. Y lógicamente yo compuse mis libros, desde el primero, para ver que la gente poderosa, incluyendo las fuerzas del estado y las fuerzas morales de este país reaccionaran y pusieran algún remedio a los grandes problemas sociales y al gran dolor social que vivió y sigue viviendo nuestra nación. El joven que era yo en ese entonces me hacía prorrumpir en carajos y malas palabras; expresiones para ver si mellaba, pero malas expresiones que a los críticos de entonces les parecieron horrendas; les parecieron, en un mundo tan cerrado como el nuestro, un crimen. Y esos mismos críticos Coigame bien estoC esos mismos críticos, pasados los años, cuando leen a los existencialistas franceses como Sartre, Camus, etc., se desmayan como doncellas pudorosas ante las malas palabras que estos usan pero no se desmayan de dolor sino de emoción estética (Ojeda 118-119).

Sobre mi novela «En las calles», le puedo decir que en efecto ella tiene mucho de la realidad del famoso cuartelazo que en la historia del Ecuador se conoce con el nombre de los cuatro días: 20 de agosto de 1932. Por primera vez cierto sector del pueblo armado se dejó matar en las calles de Quito por otro sector del pueblo soldado al grito (ambos grupos) de «Viva la democracia». Y ambos grupos, guiados por intereses latifundistas. Eso es en verdad lo que se cuenta en mi novela «En las calles.» Otro de los trabajos que me tomé al publicar la colección de las «Obras escogidas» de la editorial Aguilar fue el hacer algunas correcciones de tipo literario para ganar claridad y fuerza en la obra. Se trata de «En las calles» (Dulsey, 239-240).

Bárbaros eventos; cosas que pasan en el Ecuador y que pasan en la mayor parte de los países hispanoamericanos. Entonces generalicé

el problema y la obra ha sido entendida en los otros países. Es una obra revolucionaria porque aquí también pasa lo mismo; aquí se defiende la democracia falsa. Que el uno dice que es demócrata; que el otro dice que es demócrata. ¿Al fin cuál es? No se sabe cuál es. Esa es la revolución de los cuatro días que queda interpretada literariamente en mi novela. «En las calles».

Después sigue «Cholos» escrita en 1937. En ella ya tomé el camino del mestizo. Porque lo que al principio nació como una defensa pasta cierto punto romántica y violenta del indio la continúo ahora, como indigenista que defiende al indio pero no por el indio solo, ni como que ese conglomerado pudiera ser un país o una cultura, sino en cuanto el indio está metido dentro de nosotros, de nuestra vida étnica, de nuestra raíz cultural, de nuestra raíz económica. Así yo soy indigenista. Después vino «Media vida deslumbrados» que también trata del mismo tema del cholo. Por último viene «Huayrapamushcas» en el que vuelvo al problema del indio y del latifundista.

La última es «El Chulla Romero y Flores» donde ya planteo definitivamente el tema de la clase media como problema espiritual. En esa obra, ante la crítica constante que me habían hecho, sobre todo los ecuatorianos, de que como era posible que en mis obras no existiera psicología, yo respondí pero no como ellos querían hacer psicología, copiando a los modelos de cultura europea, de autores europeos y haciendo monólogo interior. No hay monólogo interior en Hispanoamérica sino diálogo interior porque nuestro espíritu todavía no está cuajado, no está hecho, no está completo (Ojeda, 125-126).

K. *Huasipungo*:

[A]l año siguiente (1934) tuve que hacer una obra más amplia y escribí «Huasipungo». Esta novela no sólo tiene (y hay que ser sincero en ello), no sólo tiene esta fuerza personal, esta incitación personal, esta inspiración personal. También tiene las influencias de las corrientes europeas que llegaban en ese entonces al Ecuador. Después de la revolución rusa sobrevino el gran movimiento socialista. Parecía que todo el mundo se iba a encaminar hacia el socialismo en una u otra forma y los jóvenes de Sudamérica (y no sólo del Ecuador) éramos profundamente revolucionarios, profundamente socialistas. Por tanto, mi libro tenía que reflejar esa influencia. Yo en esos días leía libros de tipo revolucionario. Recuerdo entre ellos

El infierno y Claridad de Barbusse; todas las obras de Barbusse y leíamos literatura rusa que nos llegaba ya. Entonces el medio mismo, mi inspiración y mi experiencia infantil me dictó el tema pero la orientación ideológica, política me dio esta influencia que vino de Europa. (...) Lo escribí para que el pueblo buscara una manera de arreglar la situación. Este libro se me salió de las manos. En primer lugar se me fue al exterior y allí empezó a producir crítica y a levantar polémica. (...) Y la opinión general cayó en el mutismo respecto de mi obra. Este silencio me llamó poderosamente la atención. Claro que uno que otro amigo hizo una crítica, habló del libro, dijo que estaba bien, desde luego, con esa sabiduría de nuestros críticos ecuatorianos nos siempre poniéndole «peritos» a la obra: que aquí debía poner una coma, que aquí debía tachar esta palabra, que debía poner esta otra, que no hay síntesis, que no hay análisis y lógicamente que la construcción de la novela es muy violenta. Pero no se hizo crítica verdadera. Fue de la Argentina desde donde en 1934 empieza a llegar la crítica. Comentarios, por ejemplo, de Aníbal Buce que era de los críticos más prestigiosos que había en la Argentina. Críticas de González Tuñón. Críticas aparecidas en los periódicos LA NACIÓN y LA PRENSA de Buenos Aires. Recibí también cartas de amigos extranjeros. Ante esa avalancha de comentarios positivos me dan en 1935 o 1936 Cno estoy seguroC el primer premio de la novela hispanoamericana en Buenos Aires. Una revista titulada AMÉRICA daba primeros premios entre las novelas hispanoamericanas durante los dos o tres últimos años y dan a Huasipungo el primer premio a la novela hispanoamericana de entonces. Con el primer premio otorgado a mi novela, la gente de aquí se pone nerviosa. Claro, hay amigos que me hacen más o menos homenajes. Entre tanto Ccosa curiosaC el grupo América promueve en 1935 un concurso de novela y casi todos los novelistas de esa época que es la mejor promoción que ha tenido el país tanto en Quito como en Guayaquil y Cuenca participan en ese concurso. Y, (oh sorpresa! me dan el primer premio por mi novela «En las calles», el primer premio a la novela nacional de 1935. Con este primer premio a mi nueva novela, se desencadena la animosidad. Ya no se quedan callados. Ya no es esa indiferencia, ese olvido que sufrió «Huasipungo» en el país. Ahora es el asalto violento. Moros y cristianos me atacan: que cómo me han dado el premio; que el libro es así, que el libro es asado; que mi literatura no vale; que no tengo estilo, que no tengo fuerza literaria. (...) creo que mi novela tiene influencia marxista, entendiéndose al marxismo como una doctrina filosófica humanista. Un sacerdote me dijo un día: usted no es marxista sino que sigue el cristianismo antiguo; éste proclamó

BIBLIOGRAFÍA

- Córdova, Carlos Joaquín. *El Habla del Ecuador: Diccionario de ecuatorianismos*. Cuenca: Universidad del Azuay, 1995. 2 vols.
- Dulsey, Bernard M. «Icaza sobre Icaza». *The Modern Language Journal* 54.4. (Abr., 1970): 233-245.
- Ehrenreich, Jeffrey [comp.]. *Antropología política en el Ecuador. Perspectivas desde las culturas indígenas*. Abya Yala. Quito. 1991.
- Espinosa Apolo, Manuel. *Jorge Icaza cronista del mestizaje. Mimetismo e identidad en la sociedad quiteña*. Quito: Crear Gráfica - Editores, 2006. [Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas 27].
- Fabré-Maldonado, Niza. *Americanismos, indigenismos, neologismos y creación literaria en la obra de Jorge Icaza*. Quito: Abra-palabra Editores, 1993.
- Fernández, Teodosio. «Introducción». *Huasipungo*. Jorge Icaza. Madrid: Ediciones Cátedra, 1994. 7-57.
- Ferrándiz Alborz, F. «El novelista hispanoamericano Jorge Icaza». *Obras escogidas. Jorge Icaza*. México: Aguilar, 1961. 18-71.
- Flores Jaramillo, Renán. *Centenario del nacimiento de Jorge Icaza: 1906 - 2006*. Quito: Global Graphis, 2005. [Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas 20].
- Icaza, Jorge. *Huasipungo*. Quito: Imprenta Nacional, 1934.
- _____. *Huasipungo*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1953.
- _____. *Huasipungo*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1960.
- _____. *Huasipungo*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1994.
- _____. *Huasipungo: The villagers: a novel*. (1964). Bernard Dulsey (Trad.). Carbondale: Southern Illinois University Press, 1973.
- Jaramillo de Lubensky, María. *Ecuadorianismos en la literatura*. Cuenca: Ediciones del Banco Central del Ecuador, 1993.
- Larson, Ross F. «La evolución textual de *Huasipungo* de Jorge Icaza». *Revista Iberoamericana* 31.60 (1965): 209-222.

- Mafla-Bustamante, Cecilia. Arí, Sí, Yes: *Análisis lingüístico y evaluación de las traducciones de Huasipungo al inglés*. Quito: Abya-Yala, 2004.
- _____. «La metáfora en Huasipungo y su problemática en la traducción». *Estudios Ecuatorianos: Un aporte a la discusión*. Ximena Sosa-Buchholz and William F. Waters (Comps.). Quito: FLACSO Ecuador, 2006. 185-200.
- McEwan, Gordon F. *The Incas: New Perspectives*. New York: W.W. Norton & Co., 2008.
- Moliner, María. *Diccionario de uso del Español*. Madrid: Editorial Gredos, 2001.
- Murra, John V. *La organización económica del Estado Inca*. 6a. ed. México: Siglo XXI, 2001.
- Ojeda, Enrique. «Entrevista a Jorge Icaza». *Ensayos sobre las obras de Jorge Icaza. Con una entrevista a este escritor*. Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1991. 105-137.
- Ossio, Juan M. *Los Indios del Perú*. Quito: Abya-Yala Ediciones, 1995.
- Poloni-Simard, Jacques. *El mosaico indígena: movilidad, estratificación social y mestizaje en el Corregimiento de Cuenca, Ecuador del siglo XVI al XVIII*. Edgardo Rivera Martínez (Trad.). Quito: Institut français d'études andines. IFEA - Abya-Yala, 2006.
- Rojas, Ángel F. *La novela ecuatoriana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1948.
- Sackett, Theodore Alan. *El arte de la novelística de Jorge Icaza*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1971.
- Stark, Louisa. «El rol de la mujer en los levantamientos campesinos de las altas llanuras del Ecuador». *Antropología política en el Ecuador. Perspectivas desde las culturas indígenas*. Jeffrey Ehrenreich (Comp.). Abya-Yala. Quito. 1991. 35-56.
- Vázquez, M. Ángeles. «La exploración del mundo indígena: Jorge Icaza». *Ómnibus* (Madrid-España) II. 10 Año (julio, 2006): <http://www.omni-bus.com/n10/index.html>

HUASIPUNGO¹

Esta edición se basa en la última versión corregida y aumentada del texto de la novela que realizara Jorge Icaza y que fue publicada por la Editorial Losada (Buenos Aires, Argentina) en mayo de 1960.

¹ Fuentes principales para las notas: Córdova (1995), Fabré-Maldonado (1993), Jaramillo de Lubensky (1993), Moliner (2001).

Aquella mañana se presentó con enormes contradicciones para don Alfonso Pereira. Había dejado en estado irresoluto², al amparo del instinto y de la intuición de las mujeres –su esposa y su hija–, un problema que él lo llamaba de «honor en peligro». Como de costumbre en tales situaciones –de donde le era indispensable surgir inmaculado–, había salido dando un portazo y mascullando una veintena de maldiciones. Sus mejillas de ordinario rubicundas y lustrosas –hartazgo de sol y aire de los valles de la sierra andina–, presentaban una palidez verdosa que, poco a poco, conforme la bilis fue diluyéndose en las sorpresas de la calle, recuperaron su color natural.

«No. Esto no puede quedar así. El poco cuidado de una muchacha, de una niña inocente de diecisiete años engañada por un sinvergüenza, por un criminal, no debe deshonorarnos a todos. A todos...» Yo, un caballero de la alta sociedad... Mi mujer, una matrona³ de las iglesias... Mi apellido...», pensó don Alfonso, mirando sin tomar en cuenta a las gentes que pasaban a su lado, que se topaban con él. Las ideas salvadoras, las que todo pueden ocultar y disfrazar hábil y honestamente no acudían con prontitud a su cerebro. A su pobre cerebro. ¿Por qué? ¡Ah! Es que se quedaban estranguladas en sus puños, en su garganta.

—Carajo.

Coadyuvaban⁴ el mal humor del caballero los recuerdos de sus deudas –al tío Julio Pereira, al señor Arzobispo, a los bancos, a la Tesorería Nacional por las rentas, por los predios, por la casa, al Municipio por... «Impuestos. Malditos impuestos. ¿Quién los cubre? ¿Quién los paga? ¿Quién...? ¡Mi dinero! Cinco mil... Ocho mil... Los intereses... No llegan los billetes con la facilidad necesaria. Nooo...», se dijo don Alfonso mientras cruzaba la calle, abstraído por aquel pro-

2 *Irresoluto*: Que carece de resolución.

3 *Matrona*: Madre de familia, noble y virtuosa.

4 *Coadyuvar*: Contribuir, asistir o ayudar a la consecución de alguna cosa.

blema que era su fantasma burlón: «Surge el dinero de la nada? ¿Cae sobre los buenos como el maná⁵ del cielo? ...». La acometida de un automóvil de línea aerodinámica –costoso como una casa– y el escándalo del pito y el freno liquidaron sus preocupaciones. Al borde de esa pausa fría, sin orillas, que deja el susto de un peligro sorteado milagrosamente, don Alfonso Pereira notó que una mano amistosa le llamaba desde el interior del vehículo que estuvo a punto de borrarle de la página gris de la calzada, con sus gomitas. ¿Quién podía ser? ¿Tal vez una disculpa? ¿Tal vez una recomendación? El desconocido sacó entonces la cabeza por la ventanilla de su coche y ordenó con voz familiar:

—Ven. Sube.

Era la fatalidad, era el acreedor más fuerte, era el tío Julio. Tenía que obedecer, tenía que acercarse, tenía que sonreír.

—¿Cómo...? ¿Cómo está tío?

—Casi te aplasto de una vez.

—No importa. De usted...

—Sube. Tenemos que hablar de cosas muy importantes.

—Encantado –concluyó don Alfonso trepando al automóvil con fingida alegría y sentándose luego junto a su poderoso pariente– gruesa figura de cejas pobladas, de cabellera entrecana, de ojos de mirar retador, de profundas arrugas, de labios secos, pálidos, el cual tenía la costumbre de hablar en plural, como si fuera miembro de alguna pandilla secreta o dependiente de almacén.

El argumento del diálogo de los dos caballeros cobró interés y franqueza sólo al amparo del despacho particular del viejo Pereira –un gabinete con puerta de cristales escarchados, con enorme escritorio agobiado por papeles y legajos, con ficheros de color verde aceituna por los rincones, con amplios divanes para degollar cómodamente a las víctimas de los múltiples tratos y contratos de la habilidad latifundista, con enorme óleo del Corazón de Jesús pintado por un tal señor Mideros⁶, con viejo perchero de madera, anacrónico en aquel recinto de marcado lujo de línea moderna y que, como era na-

5 *Maná*: Alimento que Dios envió a los judíos, a manera de copos que descendían del cielo, mientras atravesaban el desierto

6 *Mideros*: (Ibarra, 1888-1969). Frente a todos los precursores de la modernización del arte nacional, unafigura se alza como el representante de lo tradicional: Víctor Mideros. La burguesía ve en él al gran pintor que satisface su devoción y su visión espiritualista del mundo anclada en ciertos símbolos entre religiosos y esotéricos.... era pintor que no dejaba llegar a sus telas los grandes conflictos sociales del tiempo.

tural servía para colgar chistes, bromas y sonrisas junto a los sombreros, a los abrigos y a los paraguas alicaídos.

—Pues sí... Mi querido sobrino.

—Sí.

—Hace tres semanas.

«Que se cumplió el plazo de uno de los pagarés... El más gordo...», concluyó mentalmente don Alfonso Pereira presa de un escalofrío de angustia y desorientación. Pero el viejo, sin el gesto adusto de otras veces, con una chispa de esperanza en los ojos, continuó:

—Más de veinte días. Tienes diez mil sucres⁷ en descubierto. No he querido ejecutarte porque...

—Por...

—Bueno. Porque tenemos entre manos un proyecto que nos hará millonarios a todos.

—Ji... Ji... Ji...

—Sí, hombre. Debes saber que hemos ido en viaje de exploración a tu hacienda, a Cuchitambo.

—¿De exploración?

—Da pena ver lo abandonado que está eso.

—Mis preocupaciones aquí...

—¡Aquí! Es hora de que pienses seriamente —murmuró el viejo en tono de consejo paternal.

—¡Ah!

—¡Quizás mis indicaciones y las de Mr. Chapy pudieran salvarte!

—¿Mr. Chapy?

—El Gerente de la explotación de la madera en el Ecuador. Un caballero de grandes recursos, de extraordinarias posibilidades, de millonarias conexiones en el extranjero. Un gringo de esos que mueven el mundo con un dedo.

—Un gringo —repitió, deslumbrado de sorpresa y esperanza, don Alfonso Pereira.

—En el recorrido que hicimos con él por tus propiedades, metiéndonos un poco en los bosques, hallamos excelentes maderas: arrayán, motillón, canela negra, huilmo, panza.⁸

—Podemos abastecer de durmientes a todos los ferrocarriles de la República. Y también exportar.

7 *Sucres*: Moneda del Ecuador hasta el año 2000.

8 *Arrayán, motillón*...: maderas buenas para la construcción y carpintería.

—¿Exportar?

—Comprendo tu asombro. Pero eso no debe ser lo principal. No. Creo que el gringo ha olido petróleo por ese lado. Hace un mes, poco más o menos, El Día comentaba una noticia muy importante acerca de lo ricos en petróleo que son los terrenos de la cordillera oriental. Los parangonaba con los de Bakú⁹. No sé dónde queda eso. Pero así decía el periódico.

Don Alfonso, a pesar de hallarse un poco desconcertado, meneó la cabeza afirmativamente como si estuviera enterado del asunto.

—Es muy halagador para nosotros. Especialmente para ti. Mr. Chapy ofrece traer maquinaria que ni tú ni yo podríamos adquirirla. Pero, con toda razón, y en eso yo estoy con él, no hará nada, absolutamente nada sin antes no estar seguro y comprobar las mejoras indispensables que requiere tu hacienda, punto estratégico y principal de la región.

—¡Ah! Entonces... ¿Tendré que hacer mejoras?

—¡Claro! Un carretero para automóvil.

—¿Un carretero?

—La parte pantanosa de tu hacienda y del pueblo. No es mucho.

—Varios kilómetros.

—¡Los inconvenientes! ¡Los obstáculos de siempre! —chilló el viejo poniendo cara de pocos amigos.

—No. No es eso.

—También exige unas cuantas cosas que me parecen de menor importancia, más fáciles. La compra de los bosques de Filocorrales y Guamaní. ¡Ah! Y limpiar de huasipungos¹⁰ las orillas del río. Sin duda para construir casas de habitación para ellos.

—¿De un momento a otro? —murmuró don Alfonso acosado por mil problemas que tendría que resolver en el futuro. Él, que como auténtico «patrón grande, su mercé», siempre dejó que las cosas aparecieran y llegaran a su poder por obra y gracia de Taita¹¹ Dios.

—No exige plazo. El que sea necesario.

9 *Bakú*: En 1846 se perforó el primer pozo de petróleo en Bibi-Heybat, un suburbio de Bakú, Azerbaiyán.

10 *Huasipungo* (*huasi*: casa; *pungu*: sitio): Pequeña superficie de terreno que el dueño de hacienda da al peón que trabaja en ésta; pequeña parcela de tierra donde el indio planta la choza en terreno de su patrón. El término ha perdido actualidad debido a la supresión en la legislación ecuatoriana de la tenencia precaria de la tierra.

11 *Taita*: padre; papá; persona mayor y respetable; título de respeto antepuesto al nombre de Dios.

—¿Y el dinero para...?

—Yo. Yo te ayudaré. Haremos una sociedad. Una pequeña sociedad.

Aquello era más convincente, más protector para el des preocupado latifundista, el cual, con mueca de sonrisa nerviosa se atrevió a interrogar:

—¿Usted?

—Sí, hombre. Te parece difícil un trabajo de esta naturaleza porque has estado acostumbrado a recibir lo que buenamente te mandan tus administradores o tus huasicamas¹².

Una miseria.

—Eso...

—Las consecuencias no se han dejado esperar. Tu fortuna se va al suelo. Estás casi en quiebra.

Sin hallar el refugio que le librase de la mirada del buen tío, don Alfonso Pereira se contentó con mover los brazos en actitud de hombre acosado por adverso destino.

—No. Así, no. Debes entender que no estamos en el momento de los gestos de cobardía y desconsuelo.

—Pero usted cree que será necesario que yo mismo vaya y haga las cosas.

—¿Entonces quién? ¿Las almas benditas?

—¡Oh! Y con los indios que no sirven para nada.

—Hay muchos recursos en el campo, en los pueblos. Tú los conoces muy bien.

—Sí. No hay que olvidar que las gentes son fregadas¹³, ociosas, llenas de supersticiones y desconfianza.

—Eso podríamos aprovechar.

—Además... Lo de los huasipungos...

—¿Qué?

—Los indios se aferran con amor ciego y morboso a ese pedazo de tierra que se les presta por el trabajo que dan a la hacienda. Es más, en medio de su ignorancia, lo creen de su propiedad. Usted sabe. Allí levantan las chozas, hacen sus pequeños cultivos, crían a sus animales.

—Sentimentalismo. Debemos vencer todas las dificultades por

12 *Huasicama* (*huasicama*: *huasi*: casa; *camaj*: cuidador): indio sirviente que se turna en las haciendas para atender los más diversos menesteres domésticos en la casa del patrón.

13 *Fregado* (*as*): Difícil. También puede significar: mal parado o maltrecho.

duras que sean. Los indios... ¿Qué? ¿Qué nos importan los indios? Mejor dicho... Deben... Deben importarnos... Claro... Ellos pueden ser un factor importantísimo en la empresa. Los brazos... El trabajo...

Las preguntas que habitualmente espiaban por la rendija del inconsciente de Pereira el menor: —¿Surge el dinero de la nada? ¿Cae sobre los buenos como el maná¹⁴ del cielo? ¿De dónde sale la plata para pagar los impuestos?—, se escurrieron tomando forma de evidencia, de...

—Sí. Es verdad. Pero Cuchitambo tiene pocos indios como para una cosa tan grande.

—Con el dinero que nosotros te suministremos podrás comprar los bosques de Filocorral y Guamaní. Con los bosques quedarán los indios. Toda propiedad rural se compra o se vende con sus peones.

—En efecto.

—Centenares de runas¹⁵ que bien pueden servirte para abrir el carretero. ¿Qué me dices ahora?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Quiero decir que en principio...

—Y en definitiva también. De lo contrario... —concluyó el viejo blandiendo como arma cortante y asesina unos papeles que sin duda eran los pagarés y las letras vencidas del sobrino.

—Sí. Bueno...

Al salir del despacho del tío, don Alfonso Pereira sintió un sabor amargo en la boca, un sabor de furia reprimida, de ganas de maldecir, de matar. Mas, a medida que avanzaba por la calle y recordaba que en su hogar había dejado problemas irresueltos, vergonzosos, toda su desesperación por el asunto de Cuchitambo se le desinfló poco a poco. Sí. Se le escapaba por el orificio de su honor manchado. La ingenuidad y la pasión de la hija inexperta en engaños de amor tenían la culpa. «Tonta. Mi deber de padre. Jamás consentiría que se case con un cholo¹⁶. Cholo por los cuatro costados del alma y del cuerpo. Además... El desgraciado ha desaparecido. Carajo... De apellido

14 *Maná*: Alimento que Dios envió a los judíos, a manera de copos que descendían del cielo, mientras atravesaban el desierto.

15 *Runa* (*runa*: hombre): es el término que utilizan los indios para autodenominarse. En la actualidad se emplea en el lenguaje ecuatoriano como equivalente de ordinario, bajo, sin estimación, vulgar.

16 *Cholo*: dicese del mestizo inculato.

Cumba... El tío Julio tiene razón, mucha razón. Debo meterme en la gran empresa de... Los gringos. Buena gente. ¡Oh! Siempre nos salvan lo mismo. Me darán dinero. El dinero es lo principal. Y... Claro... ¿Cómo no vi antes? Soy un pendejo. Sepultaré en la hacienda la vergüenza de la pobre muchacha. Donde le agarre al indio bandido... Mi mujer todavía puede... Puede hacer creer... ¿Por qué no? ¿Y Santa Ana?¹⁷ ¿Y las familias que conocemos? Uuu...», se dijo con emoción y misterio de novela romántica. Luego apuró el paso.

En pocas semanas don Alfonso Pereira, acosado por las circunstancias, arregló cuentas y firmó papeles con el tío y Mr. Chapy. Y una mañana de los últimos días de abril salió de Quito con su familia —esposa e hija—. Ni los parientes, ni los amigos, ni las beatas de la buena sociedad capitalina se atrevieron a dudar del motivo económico, puramente económico, que obligaba a tan distinguidos personajes a dejar la ciudad. El ferrocarril del Sur —tren de vía angosta, penacho de humo nauseabundo, lluvia de chispas de fuego, pito de queja lastimera, cansada— les llevó hasta una pequeña estación perdida en la cordillera, donde esperaban indios y caballos.

Al entrar por un *chaquiñán*¹⁸ que bordeaba el abismo del lecho de un río empezó a garuar fuerte, ligero. Tan fuerte y tan ligero que a los pocos minutos el lujo de las damas —cintura de avispa, encajes alechugados, velos sobre la cara, amplias faldas, botas de cordón— se chorreó en forma lamentable, cómica. Entonces don Alfonso mandó a los indios que hacían cola agobiados bajo el peso de los equipajes:

—Saquen de la bolsa grande los ponchos de agua y los sombreros de paja para las niñas.

—Arí, arí¹⁹, patrón, su mercé —respondieron los peones mientras cumplían con diligencia nerviosa la orden. La caravana, blindados los patrones contra la lluvia —sombrero alón de hombre, impermeable oscuro, brillante—, siguió trepando el cerro por más de una hora. Al llegar a un cruce del camino —vegetación enana de paja y de frailejones²⁰ extendida hacia un sombrío horizonte—, con voz entrecortada por el frío, don Alfonso anunció a las mujeres que iban tras él:

17 *Santa Ana*: Según la tradición cristiana, madre de la Virgen María.

18 *Chaquiñán* (*chaquiñán*: *chaqui*: pie; *ñán*: camino): Sendero en zigzag que trepa por los cerros.

19 *Arí* (quichua): sí, así, así es, verdad, cierto, realmente.

20 *Frailejón*: Planta que alcanza hasta dos metros de altura, crece en los páramos, tiene hojas anchas, gruesas y aterciopeladas y flores amarillas. Produce una resina muy apreciada.

—Empieza el páramo²¹. La papacara²²... Ojalá pase pronto... ¿No quieren un traguito?

—No. Sigamos no más —contestó la madre de familia con gesto de marcado mal humor. Mal humor que en los viajes a caballo se siente subir desde las nalgas.

—¿Y tú?

—Estoy bien, papá.

«Bien... Bien jodida...», comentó una voz sarcástica en la intimidad inconforme del padre.

Desde ese momento la marcha se volvió lenta, pesada, insufrible. El páramo con su flagelo persistente de viento y agua, con su soledad que acobarda y oprime, impuso silencio. Un silencio de aliento de neblina en los labios, en la nariz. Un silencio que se trizaba levemente bajo los cascos de las bestias, bajo los pies deformes de los indios —tañones partidos, plantas callosas, dedos hinchados.

Casi al final de la ladera la caravana tuvo que hacer un alto imprevisto. El caballo delantero del «patrón grande, su mercé» olfateó en el suelo, paró las orejas con nerviosa inquietud y retrocedió unos pasos sin obedecer las espuelas que le desgarraban.

—¿Qué quiere, carajo? —murmuró don Alfonso mirando al suelo al parecer inofensivo.

—¿Qué... ? ¿Qué... ? —interrogaron en coro las mujeres.

—Se estacó²³ este pendejo²⁴. No sé... Vio algo... Mañoso²⁵... ¡José, Juan, Andrés y los que sean! —concluyó a gritos el amo. Necesitaba que sus peones le expliquen.

—Amituuu²⁶... —respondió alguien y, de inmediato, surgió en torno del problema de don Alfonso un grupo de indios.

—No quiere avanzar —dijo en tono de denuncia el inexperto jinete mientras castigaba a la bestia.

21 *Páramo*: Llovizna menuda que generalmente se precipita en los páramos. También denomina un paraje de la serranía alto y frío, cubierto de paja y desprovisto de vegetación arbórea.

22 *Papacara* (*papa*: papa; *cara*: piel): Corteza o cascara de la papa pelada. También, nevada menuda que cae en los páramos.

23 *Estacarse*: Quedarse rígido, como por el frío.

24 *Pendejo*: cobarde o pusilánime.

25 *Mañoso*: resabiado, se dice del que tiene un vicio o mala costumbre que le queda como residuo de algo y que es difícil quitarle; se dice especialmente de los caballos o del toro que embiste al torero y no al capote por haber sido toreado antes. También, se dice de la persona que se ha vuelto desconfiada o maliciosa por su propia experiencia de la vida.

26 *Amitu*: Amito. El quichua carece de las vocales o y e. Generalmente el indígena ecuatoriano cuando habla en castellano cambia la última o de una palabra en u. Lo mismo hace con la e, la cual cambia por i.

—Espere no más, taiticu, patroncitu²⁷ —murmuró el más joven y despierto de los peones.

De buena gana Pereira hubiera respondido negativamente, lanzándose a la carrera por esa ruta incierta, sin huellas sobre la hierba húmeda, velada por la niebla, enloquecida y quejosa por un pulso afiebrado de sapos y alimañas²⁸, pero el maldito caballo, las mujeres, la inexperiencia —pocas veces visitó su hacienda, en verano, con buen sol, con tierra seca— y los indios que después de hacer una inspección le informaron de lo peligroso de seguir adelante sin un guía que sortee los hoyos de la tembladera²⁹ lodosa agravada por las últimas tempestades, le serenaron.

—Bien. ¿Quién va primero?

—El Andrés. El sabe. El conoce, pes, patroncitu.

—Entonces... Vamos.

—No así. El animal mete no más la pata y jue³⁰. Nosotrus hemus de cargar.

—¡Ah! Comprendo.

—Arí, taiticu.

—A ver tú, José, como el más fuerte, puedes encargarte de ña³¹ Blanquita.

Ña Blanquita de Pereira, madre de la distinguida familia, era un jamón que pesaba lo menos ciento sesenta libras. Don Alfonso continuó:

—El Andrés que tiene que ir adelante para mí, el Juan para Lolita. Los otros que se hagan cargo de las maletas.

Después de limpiarse en el revés de la manga de la cotona³² el rostro escarchado por el sudor y por la garúa, después de arrollarse los anchos calzones de liencillo hasta las ingles, después de sacarse el poncho y doblarlo en doblez de pañuelo de apache, los indios nombrados por el amo presentaron humildemente sus espaldas para que los miembros de la familia Pereira pasen de las bestias a ellos.

27 *Taiticu, patroncitu*: diminutivos de taita y patrón.

28 *Alimaña*: animal, aplicado generalmente a animales grandes; particularmente, a los que son dañinos para el ganado o para la caza menor.

29 *Tembladera*: Terreno pantanoso, abundante en turba y cubierto de césped, que retiembla cuando se anda sobre él.

30 *Jue*: fuera

31 *Ña*: Aféresis de niña, forma de respeto que utilizan los indios cuando se dirigen a una mujer blanca.

32 *Cotona*: camisa corta, de uso entre los campesinos que no va dentro del pantalón.

Con todo el cuidado que requerían aquellas preciosas cargas, los tres peones entraron en la tembladera lodosa:

—Chal... Chal... Chal...

Andrés, agobiado por don Alfonso, iba adelante. No era una marcha. Era un tantear instintivo con los pies el peligro. Era un hundirse y elevarse lentamente en el lodo. Era un ruido armónico en la orquesta de los sapos y las alimañas:

—Chaaal... Chaaal... Chaaal...

Y era a la vez el temor de un descuido lo que imponía silencio, lo que agravaba la tristeza del paraje, lo que helaba al viento, lo que enturbiaba a la neblina, lo que imprimía en la respiración de hombres y caballos un tono de queja:

—Uuuy... Uuuy... Uuuy...

Largo y apretado aburrimiento que arrastró a don Alfonso hasta un monólogo de dislocadas intimidaciones: «Dicen que la mueca de los que mueren en el páramo es una mueca de risa. Soroche³³. Soro-chitooo... Cuánta razón tienen los gringos al exigirme un camino. Pero ser yo... Yo mismo el elegido para semejante cosa... Paciencia... Qué paciencia ni qué pendejada... Esto es el infierno al frío... Ellos saben... Y el que sabe, sabe... ¿Para qué? Gente acostumbrada a una vida mejor. Vienen a educarnos. Nos traen el progreso a manos llenas, llenitas. Nos... Ji... Ji... Ji... Mi padre. Barbas, levita y paraguas en la ciudad. Zamarros³⁴, poncho y sombrero de paja en el campo... En vez de ser cruel con los runas, en vez de marcarles en la frente o en el pecho con el hierro rojo como a las reses de la hacienda para que no se pierdan, debía haber organizado con ellos grandes mingas³⁵... Me hubiera evitado este viajecito jodido. Jodidooo... En esa época el único que tuvo narices prácticas fue el Presidente García Moreno³⁶. Supo aprovechar la energía de los delincuentes y de los indios en la construcción de la carretera a Riobamba. Todo a fuerza de fuate³⁷... ¡Ah!

33 *Soroche*: mal de altura; asfixia por la falta de aire y por la fatiga.

34 *Zamarros*: prenda que llevan en algunos sitios los cazadores y los hombres del campo encima de los pantalones, para resguardarlos, hecha de paño o, con más frecuencia, de cuero; se sujeta a la altura del muslo y llega, dividida en dos partes, una para cada pierna, hasta media pierna.

35 *Minga*: conjunto de gente reunida para realizar un trabajo agrícola, o para fines de beneficio social gratuitos.

36 *García Moreno* (1821-1875): político ecuatoriano. Presidió un triunvirato entre 1859 y 1861, año en el que fue elegido presidente de la República. Hombre de ideas conservadoras, gobernó de forma dictatorial, apoyado por la iglesia. Retornó a la presidencia en 1869; permaneció en el cargo hasta 1875 cuando murió asesinado.

37 *Fuate*: látigo fabricado de hilaza de cabuya.

El fueite que curaba el soroche al pasar los páramos del Chimborazo, que levantaba a los caídos, que domaba a los rebeldes. El fueite progresista. Hombre inmaculado, hombre grande». Fue tan profunda la emoción de don Alfonso al evocar aquella figura histórica que saltó con gozo inconsciente sobre las espaldas del indio. Andrés, ante aquella maniobra inesperada, de estúpida violencia, perdió el equilibrio y defendió la caída de su preciosa carga metiendo los brazos en la tembladera hasta los codos.

—¡Carajo! ¡Pendejo! —protestó el jinete agarrándose con ambas manos de la cabellera cerdosa del indio.

—¡Aaay! —chillaron las mujeres.

Pero don Alfonso no cayó. Se sostuvo milagrosamente aferrándose con las rodillas y hundiendo las espuelas en el cuerpo del hombre que había tratado de jugarle una mala pasada.

—Patroncitu... Taitiquitu... —murmuró Andrés en tono que parecía buscar perdón a su falta mientras se enderezaba chorreando lodo y espanto.

Después de breves comentarios, la pequeña caravana siguió la marcha. Ante lo riesgoso y monótono del camino, doña Blanca pensó en la Virgen de Pompeya, su vieja devoción. Era un milagro avanzar sobre ese océano de lodo. «Un milagro palpablito... Un milagro increíble...» pensó más de una vez la inexperta señora, sin apartar de su imaginación la pompa litúrgica de la fiesta que sin duda alguna harían a la Virgen sus amigas cuatro semanas después. No obstante ella, doña Blanca Chanique de Pereira estaría ausente. Ausentes sus pieles, sus anillos, sus collares, sus encajes, su generosidad, su cuerpo de inquietas y amorosas urgencias a pesar de los años. De los años... Eso procuraba aplacarlo después de la cosa social, de la cosa pública. Sí. Cuando se hallaban apagadas todas las luces del templo —discreta penumbra por los rincones de las naves—, en silencio el órgano del coro; cuando parecía que chorreaba de los racimos y de las espigas eucarísticas —adorno y gloria de las columnas salomónicas de los altares un tufillo a incienso, a rosas marchitas, a afeites de beata, a sudor de indio; cuando el alma —su pobre alma de esposa honorable poco atendida por el marido— se sentía arrastrada por un deseo de confidencias, por un rubor diabólico y místico a la vez, impulsos que le

obligaban a esperar en el umbral de la sacristía el consejo cariñoso del padre Uzcátegui, su confesor. Así... Así por lo menos...

—¿Vas bien, hijita? —interrogó doña Blanca tratando de ahuyentar sus recuerdos.

—Sí. Es cuestión de acomodarse —respondió la muchacha, a quien el olor que despedía el indio al cual se aferraba para no caer, le gustaba por sentirlo parecido al de su seductor. «Menos hediondo y más cálido que el de... cuando sus manos avanzaban sobre la intimidad de mi cuerpo ¡Desgraciado! Si él hubiera querido. ¡Cobarde! Huir, dejarme sola en semejante situación. Fui una estúpida. Yo... Yo soy la única responsable. Era incapaz de protestar bajo sus caricias, bajo sus besos, bajo sus mentiras... Yo también...» se repetía una y otra vez la joven con obsesión que le impermeabilizaba librándola del frío, del viento, de la neblina.

En la mente de los indios —los que cuidaban los caballos, los que cargaban el equipaje, los que iban agobiados por el peso de los patrones—, en cambio, sólo se hilvanaban y deshilvanaban ansias de necesidades inmediatas: que no se acabe el maíz tostado o la mashca³⁸ del cucayo³⁹, que pase pronto la neblina para ver el fin de la tembladera, que sean breves las horas para volver a la choza, que todo en el huasipungo permanezca sin lamentar calamidades —los guaguas⁴⁰, la mujer, los taitas, los cuyes⁴¹, las gallinas, los cerdos, los sembrados—, que los amos que llegan no impongan órdenes dolorosas e imposibles de cumplir, que el agua, que la tierra, que el poncho, que la cotona.

Sólo Andrés, sobre el fondo de todas aquellas inquietudes, como guía responsable, rememoraba las enseñanzas del taita Chilinginga: «No hay que pisar donde la chamba⁴² está suelta, donde el agua es clara... No hay que levantar el pie sino cuando el otro está bien firme... La punta primero para que los dedos avisen... Despacito no más... Despacito...»

Atardecía cuando la cabalgata entró en el pueblo de Tomachi. El invierno, los vientos del páramo de las laderas cercanas, la miseria y

38 *Mashca*: Máchica, harina de cebada tostada para alimento humano.

39 *Cucayo*: Fiambre del jornalero o trabajador; comida fría; comida para viaje; refrigerio.

40 *Guagua*: Niño tierno; infante.

41 *Cuy*: Roedor americano propio de los Andes, un poco más pequeño que el conejo, con orejas muy cortas; conejillo de indias.

42 *Chamba*: Tepe, terrón con césped.

la indolencia de las gentes, la sombra de las altas cumbres que acorralan, han hecho de aquel lugar un nido de lodo, de basura, de tristeza, de actitud acurrucada y defensiva. Se acurrucan las chozas a lo largo de la única vía fangosa; se acurrucan los pequeños a la puerta de las viviendas a jugar con el barro podrido o a masticar el calofrío⁴³ de un viejo paludismo; se acurrucan las mujeres junto al fogón, tarde y mañana, a hervir la mazamorra⁴⁴ de mashca o el locro⁴⁵ de cuchipapa⁴⁶; se acurrucan los hombres de seis a seis, sobre el trabajo de la chacra⁴⁷, de la montaña, del páramo, o se pierden por los caminos tras de las mulas que llevan cargas a los pueblos vecinos; se acurruca el murmullo del agua de la acequia tatuada a lo largo de la calle, de la acequia de agua turbia donde sacian la sed los animales de los huasipungos vecinos, donde los cerdos hacen camas de lodo para refrescar sus ardores, don de los niños se ponen en cuatro para beber, donde se orinan los borrachos.

A esas horas, por la garganta que mira al Valle, corría un viento helado, un viento de atardecer de estación lluviosa, un viento que barría el penacho de humo de las chozas que se alcanzaban a distinguir esparcidas por las laderas.

Miraron los viajeros con sonrisa de esperanza a la primera casa del pueblo —una construcción pequeña, de techo de paja, de corredor abierto al camino, de paredes de tapia sin enlucir, de puertas renegridas, huérfanas de ventanas.

—Está cerrada —observó el amo en tono de reproche, como si alguien debía esperarle en ella.

—Arriero es pes⁴⁸ don Braulio, patroncito —informó uno de los indios.

—Arriero —respondió don Alfonso pensando a la vez: «Por qué este hombre no tiene que ver conmigo? ¿Por qué? Todos en este pueblo están amarrados por cualquier circunstancia a la hacienda. A mi hacienda, carajo. Así decía mi padre».

43 *Calofrío*: escalofrío indisposición física con accesos sucesivos de frío y calor.

44 *Mazamorra*: comida criolla, generalmente a base de maíz pisado (en este caso de harina de cebada *mashca*) y hervido.

45 *Locro*: Sopa de patatas.

46 *Cuchipapa*: papa muy menuda y de la peor calidad que el campesino desecha y da como alimento a los cerdos. Del quechua *khuchi*, cerdo.

47 *Chacra*: Huerto o espacio pequeño con cultivo de plantas alimenticias; sementera.

48 *Pes*: Contracción de pues.

En el corredor de aquella casucha que parecía abandonada hace mucho tiempo –tal era el silencio, tal la vejez y tal la soledad–, sólo dos cerdos negros hozaban en el piso de tierra no muy húmeda para agrandar sin duda el hueco de su cama. Más allá, en la calle misma, unos perros esqueléticos –el acordeón de sus costillares semidesplegado–, se disputaban un hueso de mortecina⁴⁹ que debe haber rodado por todo el pueblo.

Cerca de la plaza, un olor a leña tierna de eucalipto y boñiga seca –aliento de animal enfermo e indefenso– que despedían las sórdidas viviendas distribuidas en dos hileras –podrida, escasa y desigual dentadura de vieja bruja–, envolvió a los viajeros brindándoles una rara confianza de protección. Del corredor de uno de esos chozones, donde colgaba de una cuerda el cadáver despellejado y destripado de un borrego, salió un hombre –chagra⁵⁰ de poncho, alpargatas e ingenua curiosidad en la mirada– y murmuró en tono peculiar de campesino:

—Buenas tardes, patrones.

—Buenas tardes. ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? –interrogó en respuesta don Alfonso.

—El Calupiña, pes.

—¡Ah! Sí. ¿Y cómo te va?

—Sin querer morir. ¿Y su mercé?

—Pasando más o menos.

La caravana de amos e indios pasó sin dar mayor importancia a las palabras del cholo, el cual, después de arrojar en una cesta las vísceras del borrego que tenía en las manos, se quedó alelado mirando cómo se alejaban las poderosas figuras de la familia Pereira. También la chola de la vivienda que lindaba con la de Calupiña –vieja, flaca y sebosa–, a quien llamaban «mama Miche de los guaguas» por sus numerosos críos sin padre conocido, espío con curiosidad y temor casi infantiles a los señores de Cuchitambo, bien atrincherada tras una enorme batea repleta de fritada con tostado⁵¹ de manteca. Más abajo, frente a un chozón de amplias dimensiones y menos triste que los otros, dos muchachas –cholitas casaderas, de alpargatas y follones⁵²

49 *Mortecina*: animal muerto por causas naturales.

50 *Chagra*: Campesino de la región interandina del Ecuador que no se identifica precisamente con el indio. Hombre inculto, rústico.

51 *Tostado*: maíz tostado.

52 *Follón*: falda de bayeta larga, amplia y plisada, que usan las mujeres de pueblo en toda la región interandina.

—gritaban en medio de la calle con escándalo de carishinería⁵³ propia de la edad.

Eran las hijas del viejo Melchor Espíndola. La menor —más repollada y prieta— sacudíase algo que se le aferraba como un moño a la cabeza.

—¡Ay... Ay... Ay...!

—¡Esperaaa, pes! ¡Esperaaa...! —chillaba la otra, tratando de dominar a su hermana como a un niño emperrado, hasta que, con violencia de coraje y juego a la vez, logró de un manotazo arrancar el inoportuno añadido de la cabellera de la moza más alharaquienta⁵⁴. Una araña negra, negrísima, de gruesas patas aterciopeladas huyó veloz por un hueco de una cerca de cabuyas⁵⁵.

El susto de las mozas carishinas⁵⁶ se evaporó rápidamente en la sorpresa de ver a gentes de la capital —el olor, los vestidos, los adornos, los afeites.

—Buenas tardes —dijo una.

—Buenas tardes, patrona —ratificó la otra.

—Buenas tardes, hijitas —respondió doña Blanca, poniendo una cara de víctima, mientras don Alfonso miraba a las mozas con sonrisa taimada de sátiro en acecho.

Frente a una tienda de gradas en el umbra! y penumbra que logra disimular la miseria y la mala calidad de las mercaderías que se exhiben, se agrupaba una recua de mulas. Era el negocio de taita Timoteo Peña —aguardiente bien hidratado para que no haga daño, pan y velas de sebo de fabricación casera, harina de maíz, de cebada, de trigo, sal, raspaduras⁵⁷ y una que otra medicina—, donde los arrieros solían tomarse sus copitas y dejar las noticias recogidas por los caminos.

En la puerta del local del telégrafo, el telegrafista, un cholo menudo, nervioso y un poco afeminado, ejercitaba en la vihuela un pasillo⁵⁸ de principios del siglo.

53 *Carishinería*: Sinvergüencería, comportarse como hombre.

54 *Alharaquienta* (*alharaca*): Exageración en la manifestación de un sentimiento, impresión, con voces o gestos o con la actitud.

55 *Cabuya*: hilo de la pita que se usa para la fabricación de alpargatas, redes y cuerdas.

56 *Carishina* (*cari*: hombre; *shina*: así): Dícese de la mujer hombruna y con poca o ninguna disposición para los quehaceres femeninos (en el sur del país). También: mujer lasciva, afecta al trato con varones, sinvergüenza (en el norte).

57 *Raspadura*: Miel de caña hervida y puesta a enfriar en forma rectangular. Panela.

58 *Pasillo*: Música con aire parecido al valse pero menos vivo. Baile.

Hacia el fin de la calle, en una plaza enorme y deshabitada, la iglesia apoya la vejez de sus paredones en largos puntales —es un cojo venerable que pudo escapar del hospital del tiempo andando en muletas—. Lo vetusto y arrugado de la fachada contrasta con el oro del altar mayor y con las joyas, adornos y vestidos de la virgen de la Cuchara, patrona del pueblo, a los pies de la cual, indios y chagras, acoquinados por ancestrales temores y por duras experiencias de la realidad, se han desprendido diariamente de sus ahorros para que la Santísima y Milagrosa se compre y luzca atavíos de etiqueta celestial.

Del curato —única casa de techo de teja—, luciendo parte de las joyas que la Virgen de la Cuchara tiene la bondad de prestarle, salió en ese instante la concubina del señor cura —pomposos senos y caderas, receloso mirar, gruesas facciones—, alias «la sobrina» —equipaje que trajo el santo sacerdote desde la capital—, con una canasta llena de basura, echó los desperdicios en la acequia de la calle y se quedó alelada mirando a la cabalgata de la ilustre familia.

La esperanza de un descanso bien ganado despertó una rara felicidad en los viajeros a la vista de la casa de la hacienda y sus corrales y galpones⁵⁹ —mancha blanca en el verde oscuro de la ladera—. De la casa de la hacienda que se erguía como una fortaleza en medio de un ejército diseminado de chozas pardas.

Cuando el mayordomo se halló frente a los patrones detuvo a raya su mula —complemento indispensable de su figura, de su personalidad, de su machismo rumboso, de sus malos olores a boñiga y cuero podrido—, obligándola a sentarse sobre sus patas traseras en alarde de eficacia y de bravuconería cholas. Y con hablar precipitado —tufillo a peras descompuestas por viejo chuchaqui⁶⁰ de aguardiente puro y chicha⁶¹ agria—, saludó:

—Buenas tardes nos dé Dios, patroncitos.

Luego se quitó el sombrero, dejando al descubierto una cabellera cerdosa que le caía a mechones pegajosos de sudor sobre la frente.

—Buenas tardes, Policarpio.

59 *Galpón*: Cobertizo grande con paredes o sin ellas.

60 *Chuchaqui* (origen desconocido): Estado de depresión causada por el abuso de bebidas alcohólicas. Por extensión, contrariedad, angustia que se siente a causa de un hecho fallido o adverso; resaca.

61 *Chicha*: Bebida fermentada hecha de maíz germinado. La más conocida es la chicha de Jora. La chicha de yuca masticada constituye la bebida y el alimento capital de los grupos selváticos del oriente.

—Me muero. Semejante lluvia. Toditico el día. ¿Qué es, pes? ¿Qué pasó, pes? ¿La niña chiquita también viene?

Sin responder a la pregunta inoportuna del cholo, don Alfonso indagó de inmediato sobre la conducta de los indios, sobre las posibilidades de adquirir los bosques, sobre los sembrados, sobre las mingas...

—Traigo grandes planes. El porvenir de mis hijos así lo exige —concluyó el amo.

«Uuuu... Cambiado viene. ¿Cuándo pes preocuparse de nada? Ahora verán no más lo que pasa... Los indios, los sembrados, los bosques. ¿Para qué, pes? Y sus hijos... Dice sus hijos... Una hija no más tiene. La ña Lolita. ¿A qué hijos se referirá? Tal vez la ña grande esté embarazada. Síu.. Gordita parece...» pensó el cholo Policarpio, desconfiando de la cordura del patrón. Nunca antes le había hecho esas preguntas; nunca antes había demostrado tanto interés por las cosas de la hacienda.

La vieja construcción campesina de Cuchitambo recibió a los viajeros con su patio empedrado, con su olor a hierba podrida y boñiga seca, con las manifestaciones epilépticas de los perros, con el murmullo bisbiseante de la charla quichua de las indias servicias⁶², con el mugir de las vacas y los terneros, con el amplio corredor de pilares rústicos adornados con cabezas disecadas de venados en forma de capitel —perchero de monturas, frenos, huascas⁶³, sogas, trapos—, con el redil pegado a la culata del edificio y del cual le separaba un vallado de palos carcomidos y alambres mohosos —encierro de ovejas y terneros— y, sobre todo, con ese perfume a viejos recuerdos —de holgura unos, de crueldad otros, de poder absoluto sobre la indiada los más.

Después de dejar todo arreglado en la casa de los patrones, los indios que sirvieron de guía y bestias de carga a la caravana se desparramaron por el campo —metiéndose por los chaquiñanes más difíciles, por los senderos más tortuosos—. Iban en busca de su huasipungo.

Andrés Chiliquina, en vez de tomar la ruta que le podía llevar a la choza de sus viejos —el taita murió de cólico hace algunos años, la madre vive con tres hijos menores y un compadre que aparece y des-

62 *Servicias*: india, generalmente joven que presta servicios domésticos en la casa, hacienda de su patrón.

63 *Huasca* o *guasca*: lonja de cuero o sogas para diversos usos.

aparece por temporadas— se perdió en el bosque. Desde hace dos años, poco más o menos, que el indio Chiliquinga transita por esos parajes, fabricándose con su desconfianza, con sus sospechas, con sus miradas de soslayo y con lo más oculto y sombrío del chaparral⁶⁴ grande una bóveda secreta para llegar a la choza donde le espera el amor de su Cunshi⁶⁵, donde le espera el guagua, donde podrá devorar en paz la mazamorra. Sí. Va para dos años de aquello.

Burló la vigilancia del mayordomo, desobedeció los anatemas del taita curita para amañarse⁶⁶ con la longa⁶⁷ que le tenía embrujado, que olía a su gusto, que cuando se acercaba a ella la sangre le ardía en las venas con dulce coraje, que cuando le hablaba todo era distinto en su torno —menos cruel el trabajo, menos dura la naturaleza, menos injusta la vida. Ellos, el mayordomo y el cura, pretendieron casarle con una longa de Filocorrales para ensanchar así los huasipungueros del amo. ¡Ah! Mas él les hizo pendejos y se unió a su Cunshi en una choza que pudo levantar en el filo de la quebrada mayor. Después... Todos tuvieron que hacerse la vista gorda. Pero el amo... El amo que había llegado intempestivamente. ¿Qué dirá? ¿Quééé? El miedo y la sospecha de los primeros días de su amaño volvieron a torturarlo. Oyó una vez más las palabras del santo sacerdote: «Salvajes. No quieren ir por el camino de Dios. De Taita Diosito, brutos. Tendrán el infierno». En esos momentos el infierno era para él una poblada enorme de indios. No había blancos, ni curas, ni mayordomos, ni tenientes políticos. A pesar del fuego, de las alimañas⁶⁸ monstruosas, de los tormentos que observó de muchacho en uno de los cuadros del templo, la ausencia de los personajes anotados le tranquilizó mucho. Y al llegar a la choza —apretada la inquietud en el alma— Andrés Chiliquinga llamó:

—¡Cunshiii!

Ella no estaba en la penumbra del tugurio. El grito —angustia y coraje a la vez— despertó al guagua que dormía en un rincón envuelto en sucias bayetas.

—¡Cunshiii! Desde los chaparros⁶⁹, muy cerca del huasipungo

64 *Chaparral*: Sitio cubierto de *chaparro*: paraje montuoso poblado de arbustos y matas.

65 *Cunshi*: probablemente del Quechua *kunsi*, Concepción.

66 *Amañarse*: acostumbrarse, avenirse, conformarse. *Amaño*: concubinato, amancebamiento.

67 *Longo* o *longa*: indio o india joven. En diminutivo, forma de trato cariñoso.

68 *Alimaña*: aplicado generalmente a animales grandes; particularmente, a los que son dañinos para el ganado o para la caza menor.

69 *Chaparro*: mata de encina baja y de muchas ramas.